

en esta lengua, la más hermosa, la más sonora, la más rica que en el mundo moderno hayan hablado los hombres, y que es como el anillo de oro esmaltado por tantos genios, y con el cual se halla unido el espíritu español eternamente, así en las páginas de la antigua, como en las páginas de la futura historia.

(Del discurso que pronunció el día 21 de Diciembre de 1872 en el Parlamento.)



XXIX

AH, señores! sobre todo tenemos patria, tenemos una nacionalidad, y á esta patria, á esta nacionalidad se la ama con un amor más inextinguible cuanto más se envejece, porque al fin los seres queridos que nos van faltando del mundo, duermen sobre esta tierra y no podemos separarnos de ella, porque en ella están las raíces de nuestra vida; porque al fin la nacionalidad es la patria, y la patria está sobre todo; es como el cielo, y yo soy ante todo español y patriota.

Señores, que esta nación que fué la tierra prometida para los antiguos; que fué el paraíso para Virgilio; que educó á los bárbaros cuando los bárbaros estaban incultos; que

llevó al seno de las civilizaciones modernas las revelaciones de la naturaleza en las escuelas de Córdoba y de Sevilla; que dominó el Mediterráneo por medio de los catalanes y aragoneses; que detuvo el desierto para que el desierto no llenara con sus arenas el resto de Europa; que realizó más que ningún otro pueblo la filosofía del siglo pasado; que se levantó ante el mundo entero á la mayor altura con la epopeya de la guerra de la Independencia; que enseñó á los pueblos cómo se pelea y cómo se muere por la patria; que esta nación por medio de la República sea grande, y siendo grande, y siéndolo, como puede serlo por medio de la federación y de la democracia, será la nacionalidad más ilustre de la tierra.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 8 de Julio de 1873.)



XXX

YO jamás he visto amor patrio como el amor de los judíos españoles. Tantas injusticias no han sido parte á inspirarles desvío á esta madre España, convertida para ellos en madrastra. Conocí en Florencia un matrimonio judío que viajaba por Europa y venía de Damasco. La mujer era hermosísimo tipo oriental. Su pálida tez, entonada por la lumbre de ojos negros y profundos, circuidos de larguísimas y umbrosas pestañas, resaltaba entre los rizos de largos cabellos, como la seda de finos y relucientes. Era su nariz griega, como la nariz de la Venus de Milo, y sus labios rojos como el encendido carmín de la flor del granado. Llamóme la atención tanta belleza, como á ella